

'Más despiertos que nadie': mis maestros de literatura española en California y Harvard

Martha G. Krow-Lucal*

Resumen

En este artículo, la autora describe sus años de formación en el campo de la literatura española. Procedente de una familia hebrea que recaló en los Estados Unidos a comienzos del siglo pasado, la autora creció en un ambiente familiar políglota. Esta facilidad permitió que aprendiese de manera personal la lengua castellana, lo cual favoreció que siguiese cursos de literatura española en las prestigiosas universidades de California y de Harvard. Allí gozó del magisterio de grandes profesores, todos ellos hispanistas, como Joseph H. Silverman, Raimundo Lida y Stephen Gilman. Justamente este último profesor –yerno de Jorge Guillén– le facilitó el acceso al insigne poeta español, con el que la autora –que acabó por especializarse en Galdós– estableció lazos intelectuales y personales que se prolongaron durante años. Este conjunto de influencias han formado el universal mental, literario y pedagógico de la autora, que ejerce la docencia en Norteamérica, siguiendo fiel al magisterio de sus maestros.

Palabras clave

literatura española, hispanismo, Joseph H. Silverman, Raimundo Lida, Stephen Gilman, Jorge Guillén

Recepción original: 16 de junio de 2015

Aceptación: 24 de julio de 2015

Introducció

Se cuenta que a don Miguel de Unamuno se le preguntó en algún momento: «¿Cómo es posible que usted necesite dormir tanto? ¿Ocho horas como mínimo? A mí me bastan cinco horas». Unamuno respondió, con su malicia característica: «Sí, pero yo, cuando estoy despierto, estoy mucho más despierto que Ud.».

Mi maestro Joseph H. Silverman hubiera contestado de esa manera, sin duda¹. Los otros profesores míos, tan brillantes como Silverman, pero mucho más recatados, no habrían respondido así.

(*) Ph.D (1979) en Harvard University (Romance Languages & Literatures), A.M. (1973) en Harvard University (Romance Languages & Literatures) y M.LiS (2004) San José State University. Entre los años 1973 y 2004 ha desarrollado su docencia en diversos establecimientos universitarios norteamericanos entre los que destacan las siguientes universidades: University of California, Berkeley; University of California, Davis; Palo Alto School for Jewish Education; University of California, Santa Cruz; San José State University, Santa Clara University, West Valley College; etc. Ha publicado gran número de artículos y trabajos de temática filológica, fijando su atención en diversos autores de la literatura Española como Galdós, Sender, Valle-Inclán, etc. Dirección electrónica: kromobile@earthlink.net

(1) Joseph H. Silverman (1924-1989) estudió Ciencias Económicas en la City University of New York, a la vez que aprendió español, como alumno de intercambio con la Universidad de México. La pasión por los estudios hispánicos le llevaron a realizar el doctorado con el profesor argentino Marcos A. Morínigo en la University of Southern California. Fue alumno y colaborador, en diferentes momentos, de don Ramón Menéndez Pidal, don Américo Castro y José Fernández Montesinos, aparte de su larga colaboración con S.G. Armistead. Escribió cientos de artículos, cuatro libros, y publicó un sinfín de conferencias, necrologías y reseñas.

Yo tuve la inmensa suerte de estudiar con unos profesores magníficamente «despiertos». Cuarenta años después, sigo oyendo las voces tan despiertas de mis maestros, sigo leyendo trozos de texto en la pizarra, apuntando (desesperadamente) bibliografía que tendría repasar después, sigo viendo el brillo en el ojo del maestro que nos leía «¡Oh hado ejecutivo en mis dolores...!».

Mi historia comienza con mis abuelos. Llegaron a los Estados Unidos a comienzos del siglo xx; su lengua materna (y la de mi madre) era idish. Mi abuela era trilingüe, mi abuelo cuatrilingüe. Cuando mi madre entró a la universidad –cosa realmente inaudita en los años de la Gran Depresión, sobre todo tratándose de una niña de catorce años, de familia obrera– estudió idiomas.

Yo me crié hablando inglés e idish; empecé a estudiar castellano a los catorce años (una mala costumbre de la instrucción norteamericana: la enseñanza de idiomas empieza en la adolescencia). No se permitía el estudio de los idiomas antes de los catorce años.

Después de mi primera clase de castellano, el maestro me preguntó que si hablábamos castellano en casa. «¡No!», respondí asombrada. «¿Por qué?» Según parecía, mi acento era excelente, idéntico a un hispanoparlante natal. No sabía qué decir; lo único que se me ocurrió pensar era que si el castellano me resultaba tan fácil, valía más seguir estudiándolo.

En mi último año del colegio, me tocó una maestra del norte de Nuevo México, la doctora Febronia Ross. Normalmente los maestros de colegio no tenían el doctorado, pero esta maestra era excepcional. Durante años había rogado a la administración que estableciera un curso de «Colocación avanzada». Este tipo de curso podría dar crédito universitario a los alumnos que sacaban nota de sobresaliente. Por fin, en mi último año del colegio, la doctora Ross, por primera vez, recibió permiso para ofrecer este curso. Saqué «sobresaliente», y me regaló el tomo de las *Obras completas* de Federico García Lorca. Durante los siguientes siete años, en los Estados Unidos y en España, leía y releía ese tomo constantemente.

El científico Isaac Newton comenta en una carta a Robert Hooke, «Si yo he visto más allá [que otros], es porque me he puesto en los hombros de gigantes». Mis maestros universitarios de literatura, además de la doctora Ross, fueron los gigantes de mi vida. Aparecieron cuando tenía 18 años, y desaparecieron cuando había cumplido los 38 años. Pero desde el comienzo de mi carrera universitaria, empezaron a llenarme la vida, y seguirán siéndolo hasta el final de mi vida.

Durante cinco años fue rector de Adlai Stevenson College en la Universidad de California en Santa Cruz, aparte de los 25 años de cursos de literatura castellana y la ayuda prestada constantemente a sus alumnos. En 1986 contrajo cáncer de estómago; me pidió que le reemplazara como profesora del curso del *Quijote*. Durante 3 años el cáncer entró en remisión, pero a comienzo de 1989 la enfermedad retoñó. Volvió a pedirme que le reemplazara. En febrero de dicho año Silverman fue nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Murió el 24 de marzo de 1989.

Joseph Silverman

Mi primera clase de literatura española la tomé en la Universidad de California en Santa Cruz, en el segundo trimestre. Mi primer maestro, Silverman, era brillante y carismático; sus clases me prepararon para las de los siguientes maestros, brillantes a su modo, pero no tan carismáticos. En realidad, en aquel trimestre se ofrecían dos clases: novela española de la posguerra, y *Don Quijote*. Fui de oyente a la primera; el profesor Berns era muy guapo, pero yo no conocía ninguna de las obras, y en ese momento no me interesaban.

Luego fui a oír al profesor Joseph Silverman dictar la primera clase del *Quijote*. Silverman llevaba un traje gris con corbata azul –cosa inaudita en aquellos años, los últimos de la década de los 60, y sobre todo en Santa Cruz, hogar de los porros, donde no se daban notas a los alumnos, sino evaluaciones por escrito. Me di cuenta enseguida que Silverman no era como los demás maestros de Santa Cruz, que querían mostrarse «amigotes» de los alumnos, llevando vaquero y camisa raída, tratando de usar la jerga de la época. Mucho después supe que Silverman se vestía de traje adrede el primer día de clase, para que los alumnos se dieran cuenta desde el primer momento que en esa clase se iba a estudiar en serio, no a pasar el rato charlando de don Quijote para saltar luego a la obra musical *Man of La Mancha* (muchos de los alumnos habían visto la obra musical, y creían que era lo mismo verla que leer la novela cervantina –un error que Silverman corrigió en los primeros cinco minutos de clase).

Silverman me inspiró verdadero terror en aquella asignatura; yo leía y releía los capítulos del *Quijote*, en castellano y en inglés. Leía atentamente las notas al pie de la página; si Silverman llegara a hacerme alguna pregunta en la clase, quería poder contestar por lo menos adecuadamente. Ya había visto el tratamiento que recibían los alumnos que no se habían tomado el trabajo de leer los deberes. Pero a pesar del terror, me encantaba el *Quijote* y ese maestro que sabía tanto y que enseñaba de una manera tan interesante. El trimestre siguiente me matriculé en su clase de la novela picaresca, simplemente por estudiar de nuevo con un profesor tan diestro.

Me acuerdo de la única obra que aguantaba de toda la asignatura: el primer *Lazarillo de Tormes*. Seguía leyendo el texto y todas las notas al pie, por si las moscas. Y dieron fruto mis esfuerzos; en una cita del Tratado Primero, apareció una referencia a los Hechos de los Apóstoles, III, 6: «Yo oro ni plata no te lo puedo dar...». Lo apunté en mi edición, por si se le ocurriera a Silverman hacer una pregunta acerca de la filiación de la cita. Y cómo no: «¿De dónde viene esta cita?» preguntó Silverman. Silencio. Levanté la mano tímidamente. «Señorita... Martita... KROW...», dijo Silverman, regodeándose en mi terror. Temblando, leí la cita bíblica con el capítulo y versículo de los Hechos. «Bien por parte de la señorita Krow –que debería conocer mejor el Antiguo Testamento», comentó Silverman riéndose de mí.

Acabé odiando la picaresca –¡la especialidad de Silverman! Pero él se dio cuenta del horror que había cobrado a ese género; la evaluación que recibí estaba llena de paciencia para con una chiquilla de 19 años, asqueada de las escenas sangrientas del *Buscón* y el *Guzmán de Alfarache*.

Al otro año tomé un «estudio independiente» acerca de la *Celestina* (que adoraba, gracias a la clase con la doctora Ross en el colegio). Fue la última asignatura que pude tomar con Silverman; el otro año lo pasé en la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid,

y cuando volví a Santa Cruz, Silverman ya se había marchado a ser jefe del programa en Madrid.

Supe después de tomar mi última clase con Silverman cuál era su verdadero campo de investigación: los romances sefardíes. Había comenzado aquella investigación en los años cincuenta, en Los Ángeles, con su colaborador y compañero entrañable, el profesor Samuel G. Armistead. Durante los más de cuarenta años de su vida académica, Silverman recogió docenas de romances y entrevistó cientos de sefardíes de muchos países que le cantaban variantes de romances, muchos de los cuales se remontaban a la Edad Media.

El año que pasé en Madrid fue, hasta cierto punto, el más instructivo de toda mi educación. Mis compañeros de la Universidad de California viajaban constantemente mientras asistían (o no asistían) a las clases de la Facultad de Filosofía y Letras: iban a París, a Marruecos, a Inglaterra, a Alemania... Por razones económicas, yo no pude viajar; al llegar a Madrid, no salí de España hasta el momento de volver a California. Pero lo que perdía en viajes a Versalles y Buckingham Palace, ganaba en profundidad y penetración en la lengua castellana y la historia contemporánea española. Aquellos once meses en Madrid me dieron una base inigualable en «lo español», una base que me serviría durante el resto de mi vida.

Volví a Santa Cruz para acabar la carrera. En ese último año hablaba con otro profesor, compañero de Silverman, y le dije que no sabía qué hacer cuando éste me recibiera. «¿Silverman no te escribirá una carta de recomendación?» me preguntó el maestro. «Sí...» respondí. «Entonces nada, vete a Harvard», me dijo. «¿¿Harvard?? ¿Cómo voy a entrar en Harvard?» le pregunté, horrorizada; Harvard era la mejor y más afamada universidad del país. «Si Silverman te recomienda, te aceptarán en Harvard –o en cualquier otra parte», me aseguró.

Ese año escribí a Silverman en Madrid, preguntándole que si me facilitaría una carta de recomendación. Llegó la respuesta a vuelta de correo: sí; ¿qué quería estudiar? Vaciaba entre la *Celestina* y Galdós. Excelente; en cualquier caso podría estudiar con Stephen Gilman en Harvard. Y así se reveló el próximo paso de mi carrera, mis próximos maestros, y el comienzo de mi Maestría.

Mi primer año de Harvard sería puro estudio; no se permitía que los estudiantes de primer año enseñaran. Cuando reflexiono sobre esta costumbre, me parece razonable y lógica (aunque en aquel entonces no me parecía tal).

Los años 70, en los Estados Unidos y en otros países, eran tumultuosos, sobre todo en la comunidad estudiantil. La guerra de Vietnam provocaba manifestaciones entre los estudiantes universitarios, desde Berkeley en California hasta Harvard en Massachusetts, para no decir nada de los que huían a Canadá para no encontrarse en la red de la conscripción militar. Se inició la década con la apertura de fuego contra manifestantes estudiantiles en Kent State (Ohio) y Jackson State (Mississippi). Murieron seis alumnos y quedaron heridos varias docenas. Se cerraron muchas universidades a través de todo EE.UU.; los estudiantes se manifestaban no sólo contra la guerra sino también contra la administración del presidente Richard M. Nixon.

Para mí (y para muchos de mis compañeros), la política era tan importante como el estudio. Cuando recuerdo mi primer año en Harvard –1972– recuerdo las clases y la

política, los conciertos de música clásica y la música tradicional irlandesa, un mundo mucho más amplio que el mundo pequeñísimo de un pueblo chiquito de California.

Llegué a acostumbrarme a los casi infinitos recursos de una institución como Harvard: las bibliotecas, los museos, las colecciones, los profesores... Y empecé a conocer a los demás estudiantes graduados, no sólo los estudiantes de Letras Hispánicas, sino también los de Ciencias Biológicas, de Física, de Matemáticas, de Arte, de Antropología, de Literatura Celta, de Ingeniería, de Literatura Clásica, y tantos más.

Raimundo Lida

Cuando llegué a Harvard, llena de ilusión acerca de la posibilidad de estudiar con Stephen Gilman y las clases del XIX, supe que ese profesor había cancelado todas sus clases del XIX. Lo que faltaba. Lo único que podía hacer era tomar dos clases con don Raimundo Lida (*Don Quijote* y un seminario sobre Quevedo), un curso de latín y dos asignaturas más. Don Raimundo era el hermano de María Rosa Lida de Malkiel, la autora de *La originalidad artística de la 'Celestina'* (un libro que había adquirido en España, recordando mi clase con Silverman). Los profesores de Harvard estaban horrorizados: ¿Dos asignaturas con Lida en mi primer año? ¿Estaba loca? Como ignoraba lo que me esperaba, me encogí de hombros y me inscribí.

Yo no soy alta; de modo que se comprenderá cuando digo que ese maestro era exactamente de mi altura; era bajo, hablaba en voz baja, y no tenía nada del carisma pedagógico que caracterizaba a Silverman. Es decir: era un maestro completamente diferente, y yo tardaría medio año en comprender su estilo y su propia brillantez. Mientras tanto, me volvía loca con alguien cuyo interés parecía estribar no en el texto, sino en los infinitos comentarios (que yo desconocía por completo).

Don Raimundo daba por supuesto que todos hubiéramos leído el *Quijote* cien veces (yo un par de veces, que no es lo mismo...). De modo que no se tomó el trabajo de comentarnos el texto de Cervantes; «relean Uds.», decía, «su Juan de Mal Lara, su Huarte de San Juan» –[siempre «relean»; tardaría otro año en darme cuenta que «relean» era el estilo humorístico de don Raimundo. ¿Cuál de nosotros había leído en aquel entonces, ni mucho menos releído, «su *Batracomiomaquia*?»].

En aquella asignatura del *Quijote*, don Raimundo me impuso un tema de trabajo, «El modo de filosofar de Cervantes». A pesar de escribir el trabajo, yo no tenía la menor idea de lo que significaba el tema en cuestión. En cuanto al seminario sobre Quevedo, don Raimundo sabía que yo conocía los *Sueños* de Quevedo. Cuando supo que quería estudiar el siglo XIX, me impuso un trabajo sobre los *Sueños morales, visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo por Madrid*, por el escritor dieciochesco Diego de Torres Villarroel. XVIII, XIX,... toda sabiduría vale, ¿no es cierto? Ahora empecé a entender el susto de los demás profesores cuando anuncié con tanta calma que iba a tomar dos clases con Lida.

Al siguiente semestre no tuve más remedio que apenar con otro curso de don Raimundo: «Prosa no-ficticia del siglo XVI y del XVII». Si este profesor ya había destruido el *Quijote*, una obra cómica y maravillosa, ¿qué me esperaba en una asignatura acerca de siete escritores que me eran completamente desconocidos?

Pero no. El caso era que ya empezaba a entender a ese maestro y su inmensa erudición. Para gran sorpresa mía, Alfonso de Valdés (*Diálogo de Mercurio y Carón*) y su hermano Juan (*Diálogo de la lengua*) me encantaban. Y la historia del erasmismo en España me llegó a fascinar. ¿Sería que el estilo pedagógico de don Raimundo hubiera cambiado? Lo dudo. Era que mi capacidad para comprender el genio de Lida iba ensanchándose.

A cada rato visitaba el despacho de mi maestro, hablando de esto y aquello. En algún momento mencioné algo de «celestinaje». «Celestinaje», murmuró don Raimundo. «Un galicismo medieval... 'Celestinazgo'... más bien lo castellano...». Ya iba dándome cuenta del estilo de don Raimundo: corregir con delicadeza, no hacía falta corregir agresivamente.

Lo aprendí definitivamente cuando llevé mi primer artículo a don Raimundo, para que me sugiriera cambios. Era sobre un personaje de *La desheredada* (1881) de Galdós. En mis investigaciones había encontrado un artículo sobre el mismo personaje que lo entroncaba con una familia equivocada, y corregí el error del colega en un tono bastante áspero. Don Raimundo señaló mi comentario y murmuró: «Dicen que los poetas son irritables... ¿qué diremos de los profesores?». No dije nada –pero cambié el comentario y no volví a pensar que era necesario tratar de mostrarme brillante a coste de los demás.

Mi última asignatura con Lida fue un seminario sobre los poetas del Siglo de Oro. Me encantaban los romances de Lope y Góngora, y le pedí a don Raimundo que me permitiera escribir un trabajo sobre dichos romances. No; si mi área de estudio iba a ser el siglo XIX, lo mejor sería que escribiera sobre la crítica literaria del XIX y lo que opinaban los decimonónicos sobre Lope y Góngora. ¡Horror! ¡Más historia de la crítica literaria...!

Los trabajos que presentábamos en ese seminario daban sueño –o más bien, pesadillas. No excluyo los míos. Un día acababa de leer mi informe soporífero sobre Lord Holland o Cayetano de la Barrera o no me acuerdo quién. «Bien...» dijo don Raimundo. «Y Amador de los Ríos, ¿qué opina de Góngora?» ¿Amador de los Ríos? En aquel momento lo único que sabía era que había escrito una historia de los judíos de España. Don Raimundo me propinó una pequeña sonrisa. «La semana que viene, nos da un informe acerca de lo que opina Amador de los Ríos sobre Góngora».

Después del seminario fui a «esa gran maestra, la Widener» (otro dicho de don Raimundo acerca de la inigualable biblioteca de Harvard). Fui a buscar las obras de Amador de los Ríos. ¡Ajá! José Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, cinco tomos. No había índice ni tabla de materias. A ver hasta qué año llegaba... Hasta finales de la Edad Media. Y Góngora había nacido en 1561. Lo que faltaba...

Cogí una silla y me senté, con el tomo de Amador en la mano todavía. Imposible pensar que don Raimundo se hubiera equivocado acerca de Amador. O quería que encontrara referencias a Góngora en alguna sección acerca de otro escritor –o tendría que soplarme los cinco tomos de la *Historia crítica* (ya sabía de sobra que a Lida no le importaría cuál tuviera que elegir).

Muy bien: en alguna parte de aquellos cinco tomos tendría que haber varias páginas acerca de Góngora. ¿En cuál, pues? ¿Cuáles eran las características más destacadas de la poesía de Góngora? Claro que los romances que tanto me gustaban no eran lo más famoso de don Luis; las *Soledades* eran infinitamente más célebres. Y ¿por qué? En las *Soledades* Góngora utilizaba una sintaxis latinizante y un vocabulario lleno de cul-

tismos. ¿Qué escritor castellano medieval utilizaba semejante sintaxis? El Arcipreste de Hita –no; Don Juan Manuel –tampoco... Juan de Mena... busqué el capítulo acerca de Mena en el último tomo de Amador de los Ríos. Y ahí encontré: «hipérbaton... cultismos... perífrasis... sustantivos esdrújulos...» ¡y referencias a Góngora! Como los demás críticos del XIX, Amador escribía despectivamente acerca de Góngora; los poetas y críticos del siglo XX fueron los primeros en apreciar las novedades del poeta cordobés. Pero por lo menos había logrado localizar a don Luis en la Edad Media.

Una semana después, leí mi informe sobre Amador de los Ríos al seminario; ya no me acuerdo de las palabras que usé –pero puse en claro la relación entre Mena y Góngora. No tardé mucho; unos tres minutos o acaso menos. Y levanté los ojos del papel; don Raimundo y yo nos miramos. Ni me sonrió; me regaló una minúscula inclinación de la cabeza. «El próximo [alumno]», dijo. Yo había aprobado un examen que no hubiera podido concebir en mi primer año.

Ese mismo año, en mayo, me tocaban los exámenes generales, diez horas de exámenes orales y por escrito, preguntas acerca del Siglo de Oro y del siglo XIX (todo el mundo se presentaba al Siglo de Oro, fuera su tesis sobre lo que fuese: la literatura latinoamericana del siglo XX, la poesía medieval, prosa del siglo XVIII ...).

Ya me empezaba a preparar en octubre, corriendo de un maestro a otro, pidiendo que me ayudaran a organizar listas y más listas de obras literarias y artículos críticos. Por supuesto que pasé varias veces por el despacho de don Raimundo para pedir informes sobre el Siglo de Oro. Un día me sugirió varias obras (*El viaje de Turquía, El Criticón...*), y luego dijo que a lo mejor le haría falta alguien que le ayudara a ordenar sus fichas... Me quedé helada. ¿¿En el año de mis exámenes generales?? Ni pensar en ello... «¿Por qué no elige a uno de los alumnos de primer año?» sugerí. Don Raimundo me miró. «¿No cree Ud. que son un poco... tiernos?» me preguntó. Pero no dijo más.

Ahora me pesa en el alma el no haber aceptado este delicado ofrecimiento de un maestro que tenía tantísimo que enseñarme –y que se había mostrado dispuesto a hacerlo. Pero yo era una chica ignorante de 24 años que creía que el tiempo era infinito.

Aprobé muy bien los exámenes generales. Al salir del aula, sabiendo que yo ya iba a empezar mi tesis sobre Galdós, don Raimundo murmuró, «No nos abandone Ud.» ¿Abandonar al maestro que, más que nadie, me había enseñado a ahondar en los estudios? Nunca.

Don Raimundo Lida murió de cáncer en 1979 –pocos días después de que me recibiera de doctora.

Stephen Gilman²

Llegué temprano a mi primera clase en Harvard. Stephen Gilman dictaba un curso sobre la Generación de 1927, y ya que quería que fuera mi director de tesis, tenía curiosidad por saber cómo era.

Justo a la hora, un hombre alto, de unos cincuenta y tantos años entró en el salón con un enorme maletín de cuero con las letras doradas «SG». Lo levantó, lo dejó caer en la mesa del estrado –¡PUM!– lo abrió, y empezó a escarbar entre papeles, sobres, y un montón de papeles más. Si yo estaba nerviosa, él lo estaba (o lo parecía, por lo menos) mil veces más. Empecé a tranquilizarme.

«Ejem... ¿todos están aquí para la clase de la Generación de 1927? Bien... ejem... soy Steve Gilman, y vamos a examinar la poesía de esa generación... Hum... y a otros escritores de la época...». Siguió escarbando en el maletín, y por fin encontró una «Hoja de tareas» que repartió a los alumnos, amén de una hoja de «Greguerías».

Empezó a hablar de Ortega y Gasset, y luego de Gómez de la Serna, de Cansinos Asens, de Huidobro, de Alberto Jiménez Fraud... ¿Cómo? ¿Quiénes? ¿Dónde estaban García Lorca, Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas...? ¿Y por qué estaba tan nervioso ese señor? A mí me ponía nerviosa.

Al fin de la clase, otra alumna se me acercó, sonriendo; se presentó, diciéndome que iba a escribir la tesis sobre Cernuda. Me di la vuelta y le dije, medio displicente, «¿Cómo puedo entrar en la biblioteca? Y ¿por qué está tan nervioso Gilman?». Se rió y se ofreció para llevarme a la biblioteca. «En cuanto a Gilman, está siempre tan nervioso que pone nerviosos a los demás», respondió.

Camino a la biblioteca, esta compañera dijo que Gilman estaba casado con Teresa Guillén, la hija de don Jorge Guillén. «¿La del 'Lagarto está llorando'? ¿'Mademoiselle Teresita Guillén, tocando en su piano de siete notas'? ¿Esa?». Qué barbaridad –con razón parecía nervioso.

(2) Stephen Gilman nació en Ohio en 1917. Asistió a Princeton University en New Jersey, donde empezó sus estudios con don Américo Castro y recibió su primer título (A.B.) *Summa cum laude*. Un verano estudió idiomas en Middlebury College, para perfeccionar su castellano, y fue ahí donde conoció a la familia del poeta don Jorge Guillén –y a su futura mujer, Teresa Guillén, la hija de don Jorge. Gilman escribió su tesis doctoral con don Américo Castro en 1943, pasó dos años en el Ejército de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Fue profesor en Princeton desde 1946 hasta 1948. Volvió a Ohio para enseñar en Ohio State University durante ocho años; en 1956 se le ofreció la cátedra de Literatura Española en Harvard University. Allí permaneció hasta su jubilación en 1985. El año anterior, el rey don Juan Carlos le había galardonado con el Premio de Artes y Letras Españoles por sus contribuciones al hispanismo. Durante más de cuarenta años, Gilman publicó más de cien artículos, reseñas y libros en español e inglés, sobre autores medievales, renacentistas, decimonónicos y del siglo xx. Tampoco eran simplemente obras sobre literatos; *La España de Fernando de Rojas* es un detallado estudio histórico (casi 600 páginas) acerca del siglo xv y la primera mitad del xvi. Y tampoco en español; volvía a Stendhal y a su adorado Mark Twain a través de las décadas. Y defendía a su querido maestro, don Américo Castro, cuando muchos no toleraban la idea de una España en la que convivían judíos, musulmanes y cristianos. Stephen Gilman empezó, como muchos nacidos en el centro de los EE.UU, bastante conservador. Pero su interés por lo nuevo –y lo ético– le llevó a volverse, en las palabras de Juan Prim, «más liberal hoy que ayer; más liberal mañana que hoy». Los alumnos de los años 60 y 70, los que estaban en contra de la Guerra de Vietnam, contra las «guerras sucias» de la Argentina, el Uruguay, el Brasil, Nicaragua, el Salvador, Guatemala, reconocieron en Gilman no solo un crítico literario excepcional, sino también una persona de altos valores morales.

Y sí, en octubre, hablando de no me acuerdo qué, nos dijo, «Sí, ¡Jorge Guillén vive conmigo, vive en mi casa, escribe su poesía en Gray Gardens West, aquí en Cambridge!» No era fanfarronería, sino el entusiasmo de un hombre que amaba la literatura.

Cuando llegamos a la sección sobre la poesía de Guillén, Gilman nos anunció que «mi suegro vendrá a leer unos poemas suyos y a contestar las preguntas que Uds. puedan tener». Me gustaba más la poesía de Alberti y de García Lorca, pero claro que sería interesantísimo oír la lectura de los poemas por el poeta mismo. Oía la lectura de los poemas con atención, pero sin que llamaran tanto la atención. Hasta el último: «Primavera delgada». Me quedé maravillada:

¡Primavera delgada entre los remos
de los barqueros!

Yo le escribí una nota a Gilman, rogándole que diera las gracias a su suegro. No sé si se las dio; no pensé más en ello. Pero hablaré más de don Jorge después...

Escribí un trabajo sobre *Largo lamento* de Salinas (que tampoco me interesaba tanto). Gilman escribió en la primera página: «Un trabajo interesante, perceptivo, motivado. Un poco desordenado...». Un comentario muy delicado, en verdad. Hubiera podido decir cosas infinitamente peores.

Gilman marchó a España al acabar el semestre, y no volvió hasta el otoño siguiente. El primer día del semestre, fui a su despacho para pedirle que me diera un curso de lectura sobre la literatura del siglo XIX (quedé bastante impresionada al ver, en su despacho, la pizarra que había pertenecido a Henry Wadsworth Longfellow). Gilman era bastante amable; no le daban paga adicional por ese curso extra que yo pedía. Me dijo que sí, me dio una lista larguísima de obras del siglo XIX, y me dijo que debíamos reunirnos cada semana para hablar de las obras.

En ese semestre, gracias a don Raimundo, acabé en un par de cursos del profesor de literatura latinoamericana (según parece, aquel señor se había ofendido porque yo era la única alumna de mi año que no había tomado ningún curso suyo el año anterior, y don Raimundo me instó a tomar sus clases: «Nosotros los profesores somos seres humanos también», me aseguró).

El profesor de Latinoamericana pasaba las horas del seminario charlando de los cuentos que había escrito y sus proezas de un tipo o de otro (me acuerdo que un día nos dijo, muy orondo, que «Cuando me piden que haga alguna tarea administrativa, tengo cuidado de hacerla mal, para que no me vuelvan a pedir que haga otra»).

Mi trabajo sobre García Márquez, entregado a ese «maestro», jamás me fue devuelto, y el profesor y yo nos enzarzamos de mala manera en el momento del examen oral. Gilman lo supo, y cuando nos reunimos la próxima semana para hablar de Galdós, me preguntó sencillamente: «¿Qué ocurrió con Enrique? [el profesor de Latinoamericana]».

Explicué que don Raimundo me había embarcado en las clases de Latinoamericana, y el profesor [«Enrique»] no se había tomado el trabajo de poner en reserva los libros que debíamos leer en el seminario. Como no pude leer los artículos debidos, el profesor montó en cólera: yo era una alumna perezosa, etcétera, etcétera. Me enfadé y respondí: «Si no he leído los artículos, no ha sido porque no he querido». Mal asunto; el profesor

se enfadó más y acabé marchándome de su despacho. «Francamente, no se me había ocurrido que los profesores fueran tan pueriles», terminé.

Gilman se rió: «No son los profesores, es Enrique», dijo. «¿Cuáles son los artículos?». Le di la lista; «Yo tengo esos libros en casa. Mañana por la tarde, pasas por la oficina de Enrique y le dices que quieres volver a hablar con él dentro de un par de días. Luego pasas por casa. Mi suegro acaba de operarse de unas cataratas; no puede leer, y se está volviendo loco. Podrás charlar con él, y después recogerás los libros. Leerás los artículos y volverás a hablar con Enrique».

La idea de charlar con el poeta Jorge Guillén me dio pavor, aunque menos que otra entrevista con el profesor de Latinoamericana. Pero no había más remedio. No entendía, en aquel momento, que Gilman me ofrecía otra muestra de lo que era ser buen profesor.

Hablaré después de la entrevista con don Jorge. Mientras tanto, la segunda entrevista con el profesor de Latinoamericana resultó mucho mejor que la primera. Y aquí paz... Supe después (el chisme no falta) que don Enrique se quejó de mí: «O esa chica me odia, u odia la literatura latinoamericana, o es tonta». Gilman respondió que no tenía nada que ver con él; yo no era alumna suya, iba a escribir la tesis sobre Galdós, no sobre la literatura latinoamericana, de modo que no tendríamos ya nada que ver el uno con la otra. Gilman me defendió sin necesidad de hacerlo; hubiera sido mucho más fácil dejar que su colega dijera que se le ocurriera. Pero Gilman no era así.

Al otro semestre, me inscribí en la clase acerca del teatro del Siglo de Oro. Yo sabía muy poco del tema; esperaba que Gilman nos explicara los temas, su entronque con la historia, etc. Y sí, esas cosas entraban en las clases que nos daba. Pero lo más apasionante, a mi ver, era la métrica. Cuándo se usaba el octosílabo, el endecasílabo, y para qué; cómo el «Monstruo de Naturaleza» (sin «la», en palabras de don Raimundo, como me ha recordado una compañera) Lope de Vega, había inventado el teatro del Siglo de Oro, utilizando el verso como una especie de código...

Gilman escribió varios libros durante su vida académica, acerca de Cervantes, *La Celestina*, Fernando de Rojas, Galdós –a juzgar por su obra escrita, la prosa era lo que más le apasionaba (oía hablar de un legendario y brillante seminario suyo, dictado un año antes de que llegara yo a Harvard, «Orígenes de la novela», del que salieron varias tesis doctorales, una acerca de Diego de San Pedro, otra acerca de los libros de caballería, etc.). Pero al oírle recitar fragmentos del *Caballero de Olmedo*, las *Coplas* de Jorge Manrique, el «Infante Arnaldos», *Peribáñez*, *La dama boba* y tantos otros, los ojos brillando, tuve que cambiar de opinión. Le emocionaba el verso –no lo que Ruiz Ramón denominaba el «drama ripio» de Echegaray, sino el verso genial que exaltaba el corazón del oyente.

Después de terminar mis exámenes generales, nos reunimos Gilman y yo para hablar de mi tesis doctoral. Entré en su despacho (un saludo callado a la pizarra de Longfellow), él me invitó a sentarme, y me dijo, «Bueno, creo que ya es hora de que empieces a llamarme 'Steve'». ¡Susto! ¿Cómo iba a llamarle por su nombre de pila? ¡Era mi profesor, catedrático de Harvard University, y tenía la edad de mis padres! Tragué saliva y por fin respondí, «Sí, cómo no...». Me parecía, al principio, una incorrección. Tardé algo en comprender que Gilman quería que el mundo académico me tratara a mí (y a los de-

más alumnos suyos) con el respeto debido –y empezaría por brindarnos el respeto de un igual.

Stephen Gilman era brillante, pero a veces, como muchos genios, podía estar totalmente despistado. Por ejemplo:

Mientras yo terminaba la tesis doctoral sobre el uso de los personajes recurrentes en la obra de Galdós, principalmente en *La desheredada* («Puse en él especial empeño, y desde que concluí el tomo, lo tuve por superior a todo lo que he hecho anteriormente» –carta de Galdós a F. Giner de los Ríos, publicada el 14 de abril de 1882), Gilman terminaba su libro sobre *Galdós y el arte de la novela europea, 1867–1887*. Nos reuníamos cada quince días, supuestamente para hablar de mi tesis. Pero en realidad nuestras «conversaciones» eran monodialogos (que dijera Unamuno) en los cuales cada uno hablaba (sin escuchar, mayormente) de lo que le apasionaba.

A Gilman, por ejemplo, le interesaba la influencia de Zola sobre Galdós. A mí los personajes recurrentes y el mundo orgánico de Balzac me resultaban mucho más interesantes e importantes que los personajes de Zola (los personajes recurrentes de Zola eran, a mi ver, mucho más mecánicos que los de Balzac). En cada reunión, Gilman me insistía en la importancia del *Pot-Bouille* de Zola en *La desheredada*. Y en cada reunión, le recordaba que *La desheredada* se había publicado en 1881, y *Pot-Bouille* en 1882; si había «influencia», a la fuerza tendría que ser la de *La desheredada* sobre *Pot-Bouille* – cosa por la que no abogaba en absoluto. Bien, bien, de acuerdo... Y a la otra reunión, ¡vuelta a lo mismo! Zola sobre Galdós... Monodialogos de verdad...

Pero por fin, los manuscritos (de Gilman y el mío) se entregaron. Iba a recibirme de doctora, iban a venir mis padres desde California (mis padres eran de clase obrera) a presenciar la ceremonia y asistir a una fiesta en el piso nuestro. Una colega mía me dijo que era un inmenso favor que Gilman hacía asistiendo a mi fiesta, con mis padres, ¿me daba cuenta? Me quedé sorprendida; ¿estaba diciendo que no debía invitar a mis padres porque eran de clase humilde? Pero Gilman se portó con mis padres como con todo el mundo: acogedor, cordial, entusiasmado. Esa colega imaginaba lo que Gilman hubiera sido, de ser ella. Pero él no era así.

Me acuerdo de la dedicatoria que aparece en el prefacio de su *Galdós y el arte de la novela europea*: «...a una serie de alumnos, algunos bien conocidos y otros ya en camino...». Y nombra ocho de nosotros, sus alumnos «galdosianos», dedicando «estos capítulos a todos ellos, con cariño y agradecimiento».

Los profesores, sobre todo los más conocidos, suelen dedicar sus obras a los colegas, a las esposas, a las personas más importantes de su Universidad. Pero ¿a sus estudiantes? ¿Y con tanto orgullo y cariño, señalando lo importantes que llegarían a ser? Nosotros no podríamos ofrecerle nada que no tuviera ya. Él, Gilman, creía en nosotros y estaba siempre feliz de ofrecernos lo que pudiera, feliz de decir que éramos inteligentes, grandes críticos en ciernes. Nos enseñó a creer en la literatura, y en nosotros mismos.

Dos años más tarde mi marido y yo volvimos a California, y en 1983 nació mi hijo Samuel. La hija de los Gilman vivía cerca de nosotros, y cuando los Gilman pasaron a verle, nos reunimos con ellos un par de horas. Teresa Gilman y mi hijo se dieron la mano y pasearon, charlando, por la playa de Santa Cruz; Gilman y yo hablábamos de Galdós,

de Cervantes, de chismes académicos... Cuando mi hijo se cansó de andar, le cogí en brazos, y Samuel se puso a charlar con Gilman. Justo antes de separarnos, mi maestro me dijo, señalado a mi hijo, «¡Es una lumbrera!» ¿Qué madre resiste semejante elogio?

En noviembre de 1986, sonó el teléfono: Gilman había sufrido un infarto. En aquel entonces, las ambulancias de Cambridge no llevaban oxígeno. Ya para cuando llegó la ambulancia al centro médico, era tarde. Pero demasiado pronto, decíamos su familia, sus colegas, sus amigos, y tantos cervantistas, galdosistas, medievalistas, hispanistas de toda estirpe. Sigo sintiéndolo, casi treinta años después: demasiado pronto.

Y ahora, habría que volver a don Jorge Guillén.

Cuando Gilman me dijo que debía charlar con su suegro a causa de las cataratas de éste, pasé los siguientes 3 días leyendo las 1.700 páginas de *Aire nuestro* (y, por añadidura, las 35 páginas de *Guirnalda civil*). A la hora convenida, presioné el timbre de 15 Gray Gardens West (la casa de los Gilman y los Guillén), temblando –y no precisamente a causa del frío invernal de Massachusetts!

Gilman abrió la puerta y me acompañó a la sala, donde estaba Guillén: «Jorge, ésta es mi alumna Martha, de la que te hablaba...». ¿Qué debía yo hacer? ¿Decir «Mucho gusto» y empezar a recitar poemas? ¿Sentarme y callarme (en boca cerrada no entran moscas)? ¿Extender la mano y esperar que don Jorge hiciera lo mismo? Opté por lo último.

Don Jorge me apretó la mano sonriendo, me señaló el sofá y nos sentamos. «¡Qué placer conocerle! Mi yerno me ha dicho cosas tan buenas de Ud. que no se las puedo repetir. Conque Galdós... cuénteme qué aspecto de don Benito nos quiere iluminar, porque hay mucho que estudiar y mucho que decir, como Ud. ya sabe...».

En ese momento me desapareció la tontería de tratar de impresionarle recitando poesía suya. Empecé a explicarle cómo había empezado mi interés por don Benito; don Jorge contaba cuándo empezó a leer la historia de España en las obras de Galdós, cuando don Benito vivía todavía.

El tiempo volaba; cuando Teresa entró para decirle a don Jorge que ya era hora de descansar un poco, Don Jorge asintió (me parecía que habíamos estado charlado cinco minutos). Me dijo, «Martha, le quiero pedir un favor, cuándo volverá, ¿dentro de un par de días?». Por supuesto, lo que quiera, le contesté. «Si me hace el favor de traerme de la Widener el libro de Jean Starobinski sobre Jean-Jacques Rousseau», y me lo apuntó. Fue el primer papelito de los muchos que conservo, en su letra inconfundible.

Visitaba a don Jorge un par de veces por mes; hablábamos de todo –de Galdós, de otros escritores, de historia, de literatura, de profesores... y casi siempre me pedía alguna obra de Widener.

En octubre de 1978, compré un ejemplar de *Aire nuestro* y le pedí el favor de dedicármelo. Me dijo que con mucho gusto. Esperaba que pusiera su nombre en la portada, pero me dijo que me devolvería el libro la próxima vez que nos viésemos. Pensaba que se encontraba demasiado ocupado, o demasiado cansado en ese momento, y le dije que por supuesto. Pero don Jorge tenía otra idea.

Cuando volví a la casa de Gray Gardens West dos semanas después, mi libro estaba en la mesa a su lado. «Tenga Ud.», me dijo, «vea que no se me había olvidado». «Claro

que no, mil gracias», le respondí. Y empezamos a hablar de otras cosas: de poesía, de política, de la novela del siglo XIX, de la prosa del siglo XVIII, del teatro del Siglo de Oro.

Cuando me puse de pie para marcharme, don Jorge me dio el ejemplar de *Aire nuestro*. «Lea Ud. la dedicatoria», me instó. Un poco perpleja –¿por qué debía mirar una firma?– abrí el libro. Y en la primera página, que había estado en blanco, empezó: «Querida Martha». Don Jorge me había escrito una meditación de dos carátulas acerca del primer episodio de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, *Las tormentas del 48* de Galdós, y de un poema suyo que aparece en *Y otros poemas*, su penúltimo libro. Terminaba con estas palabras: «Galdós: gran imaginación de poeta. Con afecto y gratitud, Jorge Guillén».

En ese momento yo estaba escribiendo la tesis, y me di cuenta, de pronto, que yo ya estaba presentando el uso del personaje recurrente exactamente así: un principio de economía poética. Afecto y gratitud, sí; los míos para con ese gran poeta que fue amigo y maestro mío. Como un personaje de *Fortunata y Jacinta* dice de la reina María Victoria: «Hízome sentar a su lado; tratábame como su igual...».

Desde 1973 hasta 1978, visitaba a don Jorge (cuando estaba en Cambridge) un par de veces por mes. Me pedía libros de la biblioteca, hablábamos de los libros cuando los traía. Cuando estaban él e Irene, su mujer, en Málaga o en Italia, nos escribíamos. Y la única vez que pasamos mi marido y yo por Málaga (en 1978), nos invitaron a comer con ellos. Fue la última vez que le vi, aunque seguíamos escribiéndonos durante los próximos 6 años –siempre «a vuelta de correo» por las dos partes.

Teresa Guillén me dijo en algún momento que «por la mañana papá escribía; por la tarde contestaba cartas». Su voluminosa correspondencia le mantenía cercano a muchos amigos, de su edad y mucho más jóvenes. Don Jorge me enseñó a mantenerme en contacto con mis alumnos: médicos, bibliotecarios, críticos, profesores –amigos de toda clase.

De alumna a profesora

El segundo año en Harvard me abrió una puerta nueva: pasé de ser alumna sin más, a ser alumna y maestra. Recuerdo el golpe de estado en Chile (el 11 de setiembre de 1973) que mató a Salvador Allende. Me acuerdo también de ser una maestra de 22 años, con alumnos de 19 años: ¿cómo iba a controlar una clase de estudiantes casi de mi propia edad –y casi todos más altos que yo? Supe hacerlo por fin con la astucia aprendida de Silverman...

En mi tercer año me tocó una alumna, ahora desde hace décadas amiga y preceptora en Harvard a cargo de pedagogía lingüística, literatura castellana y latinoamericana del siglo XX, y cinema. A Johanna D. le envié a unos amigos españoles que le ayudaron con sus investigaciones acerca de la poesía de Rafael Alberti («Marinero en tierra», su padre había sido un marinero danés).

Al otro año enseñé español de primer año en Harvard; todos los alumnos hacían los cuatros años de la carrera –menos una que estudiaba Derecho en Harvard, y se había inscrito en mi clase por gusto. Nos hicimos amigas –y Jamie me aseguraba que mi clase de lenguas era infinitamente más divertida que sus clases de Derecho!

Al volver a California, una ex-alumna y su ex-enamorado (como dicen en el Perú) pasaron a visitarnos en 1983. Lyle P. era médico que quería aprender castellano, y Jane le aseguró que si quería aprender «en serio», tenía que aprender conmigo (bonito cumplido). Lyle tenía un acento terrible, pero estaba resuelto a aprender, y como es el caso con los que quieren aprender de veras, lo hizo. Sigue hablando castellano y ahora es el jefe del sector de virus del Nilo occidental en la parte oeste de EE.UU. Y cuando mi hija quería entrar en el Epidemic Intelligence Service, ahí estaba mi ex-alumno para aconsejarle y ayudarle.

La primera vez que enseñé una clase sobre Balzac y Galdós (en Santa Cruz), una alumna tomó la clase, entusiasmada con la novela del siglo XIX. Susan R. se ha mantenido en contacto conmigo durante 25 años; no ha llegado a ser profesora universitaria, sino bibliotecaria de una biblioteca pública en una aldea llena de mexicanos.

Una compañera que había enseñado en Harvard me invitó a enseñar el seminario sobre Balzac y Galdós en la Universidad de California (Berkeley) en 1996. Una clase realmente maravillosa; todos los alumnos eran estudiantes graduados, de habla castellana. No había que explicar el lenguaje coloquial de los personajes galdosianos; como el idioma natal de los estudiantes era el español, podían apreciar inmediatamente los coloquialismos de Galdós. Fueran de donde fuesen los alumnos –Uruguay, Puerto Rico, México– sabían apreciar el lenguaje galdosiano y su sentido sin largas explicaciones.

Una joven alumna de Puerto Rico, Cati M., presentó un trabajo brillante a la clase acerca del sentido de la palabra «cursi» y cómo lo utilizaba Galdós en las *Novelas contemporáneas*. Bastante más joven que los demás, utilizó muchos ejemplos de «lo cursi», desde el conocido artículo de Tierno Galván hasta el pos-franquismo, desde tarjetas hasta libros académicos.

Cati me pidió el favor de formar parte de su tribunal doctoral (cosa que no pude hacer, por razones administrativas). Le expliqué que no podía. Supe en aquel momento que Cati, una alumna soberbia, no ambicionaba ser profesora universitaria: quería ser profesora de secundaria. La docencia era su orgullo y su objetivo profesional, y al oír su presentación, sabía que había escogido bien.

Los diez años, de 1979 a 1989, vieron la desaparición de mis maestros: Lida, Guillén, Gilman y Silverman. Diez años: se dice muy pronto, demasiado pronto. Como en el «Verte y no verte» de Alberti, acerca de la muerte de Ignacio Sánchez Mejías: «Yo, lejos navegando/ tú, por la muerte».

Cuando miro mis libros, mis artículos, mis estantes, cuando oigo poemas y trozos de capítulos perfectos de novelas y cuentos, mis maestros siguen cerca; les echo de menos; cuánto quisiera seguir con los diálogos entablados hace décadas. Lo que sí puedo hacer es lo que hacía don Jorge: seguir en los diálogos con personas más jóvenes, y recordar lo que dice mi amiga Julia: «Mírate en el espejo de tus obras; ahí estás tú, con tus maestros, y ahí seguirán».

'Més desperts que ningú': els meus Mestres de literatura espanyola a Califòrnia i Harvard

Resum: En aquest article, l'autora descriu els seus anys de formació en el camp de la literatura espanyola. Procedent d'una família hebrea que va recalar als Estats Units a principis del segle passat, l'autora va créixer en un ambient familiar poliglota. Aquesta facilitat va permetre que aprengué de manera persona la llengua castellana, la qual cosa va afavorir que seguís cursos de literatura espanyola a les prestigioses universitats de Califòrnia i Harvard. Allà va gaudir del magisteri de grans professors, tots ells hispanistes, com Joseph H. Silverman, Raimundo Lida i Stephen Gilman. Justament aquest últim professor –gendre de Jorge Guillén– li va facilitar l'accés a l'insigne poeta espanyol, amb el que l'autora –que es va acabar especialitzant en Galdós– va establir lligams intel·lectuals i personals que es van perllongar durant anys. Aquest conjunt d'influències han format l'univers mental, literari i pedagògic de l'autora, que exerceix la docència a Nordamèrica, seguint fidel al magisteri dels seus mestres.

Paraules clau: literatura espanyola, hispanisme, Joseph H. Silverman, Raimundo Lida, Stephen Gilman, Jorge Guillén

'Plus éveillés que personne': mes Maîtres en littérature espagnole à l'University of California et à Harvard

Résumé: Dans cet article, l'auteure décrit ses années de formation dans le domaine de la littérature espagnole. Issue d'une famille juive arrivée aux États-Unis au début du siècle dernier, elle grandit au sein d'une famille polyglotte. Cette circonstance lui a permis d'apprendre l'espagnol de façon personnelle, ce qui l'a conduite à suivre des cours de littérature espagnole dans les universités prestigieuses de Harvard et de l'University of California. Elle y a bénéficié des enseignements de grands professeurs, tous hispanistes, tels que Joseph H. Silverman, Raimundo Lida et Stephen Gilman. Ce dernier, gendre de Jorge Guillén, la fait entrer en contact avec le célèbre poète espagnol, avec lequel l'auteure, qui finit par se spécialiser dans l'œuvre de Galdós, établit des liens intellectuels et personnels qui dureront des années. Cet ensemble d'influences ont façonné l'univers mental, littéraire et pédagogique de l'auteure, qui enseigne aux États-Unis, toujours fidèle aux enseignements de ses maîtres.

Mots clés: littérature espagnole, hispanisme, Joseph H. Silverman, Raimundo Lida, Stephen Gilman, Jorge Guillén

'On the ball like nobody else': my teachers of Spanish literature at California and Harvard

Abstract: In this paper the author describes the period of her life in which she studied Spanish literature. A descendant of Jewish immigrants who settled in the United States at the beginning of the last century, Krow-Lucal was raised in a multilingual environment where she learnt Spanish and subsequently took courses in Spanish literature, at the University of California and Harvard University. During this time she studied under the renowned Hispanic specialists Joseph H. Silverman, Raimundo Lida and Stephen Gilman, and was introduced by Gilman to Jorge Guillén (Gilman's father-in-law), with whom she established a lasting intellectual and personal relationship. At the end of her studies Krow-Lucal became a specialist in the works of Pérez Galdós but the combined influence of all these figures has had a major effect on her intellectual, literary and academic life and continues to guide her writing and teaching activities in the US.

Key words: Spanish literature, Hispanic studies, Joseph H. Silverman, Raimundo Lida, Stephen Gilman, Jorge Guillén